

El Eco de Cartagena.

AÑO XXIX.—NUM. 8283

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONOS NÚM. 4 Y 58

PRECIOS DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7.50 id.—Extranjero, tres meses, 11.25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

CONTRIBUCIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Lorette, rue Caumartin, 6, M. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, No. C. 166.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.

Sábado 15 de Junio de 1889

LA VIDA ES CHOCOLATE.

Apurar, cielos, pretendo ya que me tratéis así por que voy, pobre de mí, el apetito perdiendo; aunque creo que ya entiendo cual es la causa en conciencia pues tuve la inadvertencia y cometí el disparate de no tomar chocolate marca El Barco de Valencia.

Y ese delito se paga cuando se comete sin la debida autorización del pontífice D. Benigno Sánchez Risueño que desde su casa n.º 3 de la calle de la Caridad rige chocolateramente á media España.

Estos ricos chocolates se venden en latas iluminadas que contienen 6 paquetes una, del precio de 5, 6, 7, 8, 10 y 12 reales paquete; pedido en todos los ultramarinos y confitería de los Sros. García y Pareja.

ECOS DE MADRID.

14 de Junio de 1889.

De expreso no he hablado hasta ahora del asunto predilecto de las conversaciones, lo mismo en los círculos elegantes que en los cafés, en las oficinas y hasta en los corrillos de las plazuelas.

Cuanto hayan leído los chispeantes artículos que Mariano Cavia y Fernández Bremón han dedicado al animalito huésped del cuerpo humano que un curandero mejicano ha puesto de moda, habrán admirado una vez más el ingenio de estos dos escritores pero habrán formado al mismo tiempo una opinión muy poco ventajosa de la pulcritud, por no decir otra cosa de los madrileños.

Hay en el orden físico miserias humanas que pueden hasta poetizarse y si yo quisiera incurrir en la debilidad que censura podría citar bastantes casos en los que esas miserias representan sentimientos delicados y sublimes.

Pero esos momentos de prosa poética pasan rápidamente, no resisten comentarios. No ya la educación y la cultura sino la discreción y para decirlo de una vez hasta la limpieza, nos vedan de hablar en sociedad de sucesos que afectan á lo más deleznable de nuestro misero cuerpo. Por algo entra el pudor para inspirar estas reservas, que solo en casos apurados se declaran á la persona con quien nos unen los más estrechos lazos y que solo en el último extremo se consultan con el médico de la familia.

Hay enfermedades de las que se puede hablar, las hay hasta poéticas y distinguidas; pero en cambio otras muchas parecen condenadas á perpetuo silencio. Sin embargo de unos días á esta parte no se oye hablar como he indicado antes más que de la fantosa, tenia ó solitaria. Los que albergaban en sus entrañas á tan molesto y peligroso huésped, procuraban ocultarlo y más si eran jóvenes y distinguidas señoritas. Confían su mal en el médico, no sin pasar mal rato. Lo rogaban que no digese á nadie el mal que padecían. Ahora sucede todo lo contrario. Bastó que un especialista anunciara en los periódicos que con solo mirar á una persona podía decir si tenia ó no la solitaria; bastó con que acertase respecto de unas cuantas notabilidades

de la política, de la música y de la buena sociedad, para que se desarrollase el deseo de consultar al adivin; y habiendo terminado el juicio oral que había acostumbrado los estómagos á los manjares fuertes, fueron sustituidos en las conversaciones con la ténia las Higijas, los Picos y las Barbas.

Todos se preguntaban lo mismo en los salones que en el pasillo del Congreso, lo mismo en las oficinas que en el café si hospedaban al animalito, y el que se veía obligado á decir que no, sentía cierta pesadumbre figurándose un desheredado de la fortuna.

El verbo *tener la ténia* se ha conjugado en todos sus tiempos y se conjuga todavía. Hasta las domésticas y los mozos de cuerca, se permiten la impertinencia de sospechar que también ellos se ven favorecidos por el animalito á la moda, aspirando á pasar por personas notables.

Pero en los altos círculos se oyen unas explicaciones de un naturalismo repugnante. ¿Qué se oirá en los bajos?

Estos últimos días ha diluviado. Pues bien; toda el agua que ha caído era necesaria para asear un poco las conversaciones. Lo demás lo hará el mar en el próximo verano.

Anoche se celebró la primera verbena que Dios envía como dice la copia, y hoy los Antonios están siendo objeto de cariñosos agasajos. Hay tautos! La noche fue deliciosa. Después de una semana de lluvias y de fríos se despejó el cielo, brilló la luna y los aficionados á esas fiestas nocturnas populares que son el prólogo de unos cuantos santos privilegiados pudieron pasear por los alrededores de la ermita de San Antonio de la Florida, comprar ramos de albaca y regalarse el paladar con los comestibles y líquidos que forman parte del programa de estas funciones.

Hubo alguna que otra riña y dos personas conocidas se dieron de bofetadas. La salsa propia del plato. Hubo vino pero no hubo sangre. Bien es verdad que al anochecer en la Estación del Mediodía se encargaron unos matuteros de dar que hacer á las Casas de Socorro y á la Justicia.

Los teatros de verano no han podido todavía entrar de lleno en el desarrollo de sus propósitos que consisten en estrenar muchas obras con decoraciones llamativas y música alegre.

El tiempo, que más ha parecido de Marzo que de Junio, ha obligado á suspender algunas noches las funciones. En Felipe se ha estrenado sin embargo una comedia titulada los *Embusteros* que tiene mucha gracia y ha gustado. La compañía de Apolo se marcha á Portugal y los madrileños tendrán que contentarse con las zarzuelas en el Príncipe Alfonso y en Felipe, con las curiosidades y ejercicios gimnásticos en los dos círculos que funcionan y con los conciertos en los Jardines del Retiro. Pero los madrileños pueden leer las descripciones de las fiestas que animarán á París y divertirse ahorrándose el viaje.

JULIO NOMBELA.

Varietades.

Solución á la charada inserta en el número anterior.

MARIA

Charada

Es prima dos buen Pascual singular de prima tres; y prima dos terciá es de prima dos dos plural.

G. S. J.

La solución en el número próximo.

MAGDALENA

Me resistí á creerlo cuando me lo contaron: era aquello demasiado repugnante.

Sin embargo, mi amigo no podía mentir; ningún interés le hubiera impulsado á hacerlo, y además él lo sabía por personas que conocieron á Magdalena antes de aquella horrible tragedia.

Mostré deseos de ver á la pobre niña, y una mañana fuimos juntos al hospital de dementes donde la infeliz arrastraba su miserable existencia, dos años hacía.

Nos recibió Sor Agustina, la anciana madre encargada de las locas, y suspiró cuando le dijimos el objeto de nuestra visita.

—¡Pobre Magdalena! pobre víctima!—nos dijo—es de todas estas desventuradas la que mayor compasión me inspira.

Aque la caritativa señora también conocía su historia, y á veces una lágrima humedecía sus párpados, al recordarla.

Entramos en el departamento de las locas. Era este un vasto salón, desmantelado y frío.

En el muro de la derecha se abrían altas ventanas, cerradas con sólidas rejas para impedir más de una probable evasión, y en su centro una puerta que daba acceso al patio, cercado de elevadas tapias por todas partes.

A la izquierda y en el frente estaban las habitaciones de las infelices reclusas; entrábase á ellas por mezquinas puertecillas, que parecían la de los camarotes de un buque.

A través de algunas, cerradas con fuertes cerrojos, oíanse gritos de dolor y blasfemias; otras abiertas, dejaban ver el interior de los cuartuchos, sin más muebles que un jergón, arrojado en uno de los ángulos.

Vagaban por el salón unas cuantas mujeres, ancianas las más de ellas, con la mirada fría y la expresión del idiotismo pintada en sus rostros.

Animáronse con nuestra presencia.

Miraban á Sor Agustina con respeto y se apartaban á su paso, y á nosotros con curiosidad infantil mezclada con signos de hostilidad y recelo.

Alguna pronunció frases incoherentes al vernos, y otras se nos acercaron pidiéndonos dulces, dinero y hasta cigarros.

Una de ellas, la más joven de todas, se acercó á mí, y misteriosamente me dijo, que necesitaba un mantón de Manila para ir á los toros; yo sonrei, le prometí traerle otro día y la desdichada se separó de mi lado palmeando de júbilo, después de intentar darme un beso, y desistir de su propósito ante el sereno ademán de Sor Agustina.

—¡Bajamos al patio.

—Aquella es Magdalena—me dijo ésta—sentándome á una mujer, casi una niña, que paseaba cerca de la tapia, en uno de los rincones más apartados.

Nos acercamos á ella, y en cuanto nos vió detuvo su paseo, nos miró fijamente al rostro, y eucarandose con mi amigo, con expresión de terror y odio al propio tiempo, le dijo:

—¡Vete... vete... que te pareces á aquél tío!

Y volviéndose á mí y cambiando de expresión, repuso más tranquila:

—¡Tú no... tú tienes barba y eres joven; aquel tío era viejo... ¿sabes?... Y fué mi madre, la que le dio la llave de la puerta...

Quedéme mirándola fijamente. Calló ella después de dichas estas palabras, como si algo se le atravesara en la garganta y la impidiese continuar; inyectáronse en sangre sus ojos, cuya belleza no había podido robar la fría expresión de la locura; por el contrario, aquella vaguedad de la mirada añadió tónos dulces y suaves á el purísimo azul de sus pupilas; más en aquel momento, encendidas y llameantes, parecieron las aguas de un lago sobre el que se proyectaran resplandores de incendio.

Era Magdalena alta y delgada. Delatábanse á través del ropón de estameña que la cubría lo esbelto de su figura, y aquellas delicadas líneas de su cuerpo, profanadas por el asqueroso abrazo del sátiro.

Su frente purísima, blanca y tersa, los labios descoloridos y la amplia cabellera rubia, casi enmarañada, dábanle, con aquel extraño traje, aspecto de virgen cristiana, que sobre la arena del circo aguarda á la fiera que ha de destrozarla.

Creció su exaltación al ver la fijeza con que yo la examinaba; contrajéronse los músculos de su rostro; fuerte temblor agitó sus miembros, y fue preciso que Sor Agustina llamase á dos robustas mocetonas, que prestaban allí servicio de enfermeras, para que la sujetasen y separaran de nuestro lado.

Cuando salimos de aquella horrible casa, con el corazón oprimido por el dolor de tanta desventura, aun se oían las carcajadas de Magdalena mezcladas con sus voces.

«¡Fue mi madre! fue mi madre!» gritaba la infeliz en el paroxismo de la locura.

II

Dos años antes de lo que acabo de narrar vivía Magdalena sola con su madre, en uno de los más populosos barrios de la ciudad.

Acababa de cumplir los quince, y aunque ya por entonces, su belleza dulce y delicada había sido objeto de serenatas y continuado requebrar de los mozos sus vecinos, libre su pecho de toda pasión amorosa, consagrábase asiduamente á las quehaceres de la casa; á coser para las tiendas, y á correr y saltar con sus amigas por el campo, los domingos. Había en aquel cuerpo de mujer un alma de niña, y encantaba á todos con sus travessuras y su inocencia.

Velaba su madre por ella con gran cuidado: ponía adusto ceño á los mozos que intentaban siquiera acercarse, y aconsejábala no hiciese caso de aquellos hambrones; era que la reservaba sin duda para más altas empresas.

Conoció ella, por aquel tiempo, en casa de unas amigas, donde de noche solían reunirse á cantar y bailar, á un caballero, hombre ya de más de cuarenta años, de aspecto robusto y antipático, pero que mostraba ridículo en fuerza de ser extraordinariamente meloso, cuando hablaba con alguna de las muchachas. Dió á ella preferencia sobre las otras desde su primer encuentro; y no fueron motivos bastantes á alejarlo de su lado, el despojo con que lo trató, y las lujas poco encubiertas de que se hizo objeto con sus amigas.

Apercibióse la madre desde luego de aquellas deferencias y atenciones de D. Marcelino